

Ayuntamiento

Plaça de la Sala, n°1



Monóvar; calles con losas; cuatro, seis, ocho plazas y plazoletas. Media naranja; tejas curvas, azules, vidriadas; otra media naranja; sala; mosaicos; olor del petróleo con que se fregotean y vuelven a fregotear los mosaicos. Mosaicos pequeños, azules, amarillos, rojos, grises. Horno; tableros en que se lleva el pan al horno; tableros cubiertos de mantitas a lista rojas, azules, verdes, negras. *Xau-Xau* de parlería femenina en el horno, *xau-xau*, como se dice aquí del canto de los pájaros y de las continuadas conversaciones.

El gabinete de lectura del Casino; la iglesia franciscana del ex Convento; blanca y desnuda. El pórtico de la ermita de Santa Bárbara; tres arcos; en las fotografías, como una iglesia de Florencia o Padua. Plaza que se encruza con calles; el Ayuntamiento; sillares y sillares amarillos. El jardín del Casino y la chimenea de una fábrica. Cámara, zaguán con piedrecitas en el suelo.

Ventanas angostas y plátanos frondosos en el Casino; las ventanitas en los muros rojizos. Escuelas magníficas. Interposición de la torre del reloj en el dédalo de los tejados. La torre solitaria, aislada; entre las dos colinas, en lo alto de una calleja a la que se asciende por una escalinata. El volante de una máquina y un cantarito rezumante. Una hilera de toneles. Entre los toneles, vides lozanas y granados con sus flores rojas. Palmera y cúpula de tejas brillantes. El reloj de la torre. Dos teatros. Campanadas y olor a mosto. Olor a humo de las fábricas. Leña quemada; sarmientos en las casas. El señor que lee en el gabinete de lectura del Casino, y una rastra de pimientos en el muro de una casa del barrio alto.

Torre

Carrer de la Torre, n°20



La torre del reloj, en Monóvar, es una torre cuadrada. En pocas ciudades habrá, como en Monóvar una torre solitaria, destinada a dar la hora en al ciudad, la hay también en Yecla; pero ni es tan alta, ni está colocada en una eminencia.

En Monóvar era tradición sonar las doce del día en la torre y sonar, sincrónicamente, la campana de Santa Bárbara el *Angelus* del mediodía. Desde el pie de la torre del reloj, desciende una calle estrecha hasta la plaza del Ayuntamiento; desciende de rellano en rellano a modo de suave escalera. La torre del reloj se yergue ladeada, levemente ladeada; parece que se va a caer, y no se cae. Una torre inclinada es un peligro; la de Pisa tendrán que abatirla. Una torre inclinada siente la proclividad de ir inclinándose cada vez más. Acostumbra a los ciudadanos al peligro, y con peligro, a ser valerosos. En Monóvar somos ciudadanos tranquilos; no hemos perdido nunca la serenidad. La torre del reloj no es un beodo que se tambalea y acaba por caerse; es una fiel amiga, una constante compañera. Descuella sobre la ciudad serenamente, y lo más que puede hacer es sentirse inquieta porque el reloj dé la hora, un minuto antes o un minuto después.

Azorín. Agenda, 1959

Carrer Sacristà

Carrer Sacristà, nº58



La ciudad ha despertado. Tintinea a lo lejos una herrería, y unos muchachos se han sentado en una esquina y tiran contra la pared, jugando, unas monedas. El sol reverbera en las blancas fachadas; se abre un balcón con estrépito de cristales. Y luego una moza se asoma y sacude contra la pared una escoba mentida en un pequeño saco. Cuatro o seis palomas blancas cruzan, volando lentamente; al final de la calleja, bañada por el sol, resalta la nota roja de un refajo. Y en el horno cercano comienza el rumor de comadres, que entran y salen con sus tableros en la cabeza. Se percibe un grato olor a sabina y romero quemados; una blanca columna de humo surge del tejado terrero; parlán a gritos la hornera y las vecinas. Y una campana tañe, a los lejos, con las lentas, solmenes vibraciones.

Azorín. Antonio Azorín, 1903

Santa Bárbara

Carrer de Santa Bàrbara, n°81



Al salir del pueblo, desde lo alto, el valle de Elda a lo lejos. Petrel en la remota orilla opuesta; Elda al pie; coloración suave de grises. Como el polvillo multicolor y sutilísimo de una pintura al pastel. Arriba siempre; dejar la carretera de Pinoso a la izquierda y entrar en la de Salinas. Poco después, recorrer un caminejo entre las viñas; subir por una ladera cubierta de pinos bienlientes. Y la casa del Collado. El Collado de Salinas.

Luego, saliendo por la parte opuesta del pueblo, el terreno sigue elevándose. Hacia las estribaciones de la Sierra de Salinas, del Carche, de la Sierra de la Pila. Valles, collados, recodos hondos de soledad y de silencio, gollizos, cañadas. En las cañadas o sobre las lomas pardas, las casas blancas o doradas. Almendros, olivos, higueras.

Azorín, Superrealismo, 1929

Calle Bohuero

Carrer Bohuero, n°20



Cerca, en la casa de al lado, hay un taller de modistas, y a ratos estas simples mujeres cantan largas tonadas melancólicas, tal vez acompañadas por la guitarra de un visitador galante. Y las voces frescas y traviesas vuelan junto a las voces serias y graves, que las persiguen, que las amonestan, que reclaman de ellas cordura, mientras las notas de la guitarra, prestas, armoniosas, volubles, se mezclan agudas en los retazos de las unas, se adhieren profundas a los consejos de las otras.

Y Azorín escucha a través de su letargo este concierto de centenarias melodías, este concierto de melodías tan dulces, tan voluptuosas, que traen a su espíritu consoladoras olvidanzas.

Azorín. Antonio Azorín, 1903

Casa de Azorín

Carrer Salamanca, nº6



La casa que Azorín habita en Monóvar está en la calle del Bohuero, esquina a la de Masianet, en lo alto de la pendiente sobre que el pueblo se asienta, en limpia hilera de viviendas bajas, en un barrio silencioso, blanco, soleado. La casa de Azorín tiene una fachada pequeña, jaharrada de albo yeso, con dos ventanas diminutas. Desde la esquina se divisa abajo, al final de la calleja, el boscaje de un huerto, una palmera que arquea blanda sus ramas, una colina que se perfila sobre el azul luminoso del cielo.

Azorín se sienta, lee un momento, baja, sale, también de cuando en cuando, a la puerta. Salir a la puerta es una cosa que no se puede hacer en Madrid, es una de las pequeñas voluptuosidades de provincias. Salir a la puerta es asomarse, un poco indeciso, un poco hastiado, mirar al cielo, escupir, saludar a un transeúnte, auparse el pantalón... y volverse adentro, hasta otra media hora, en que volver a salir, también cansado, también indeciso, a escudriñar la monotonía del cielo y la soledad de la calle.

Azorín. Antonio Azorín, 1903

Casino

Carrer Sant Joan, n°13



Éste es un Casino amplio, nuevo, cómodo. Está rodeado de un jardín; el edificio consta de dos pisos, con balcones de piedra torneada. Primero aparece un vestíbulo enladrillado de menuditos mosaicos pintorescos; los montantes de las puertas cierran con vidrieras de colores. Después se pasa a un salón octógono; enfrente está el gabinete de lectura, con una agradable sillería gris y estantes llenos de esos libros grandes que se imprimen para ornamentación de las bibliotecas en que no lee nadie. A la derecha hay un gran salón vacío (porque no hace falta tanto local), y a la izquierda otra gran salón igual al anterior, donde los socios se reúnen con preferencia.

Mesas cuadradas y redondas, de mármol, se hallan esparcidas acá y allá alternando con otras de tapete verde; junto a la pared corre un ancho diván de peluche rojo; en un ángulo destaca un piano de cola, y verdes jazmineros cuajados de florecillas blancas festonean las ventanas.

Azorín. Antonio Azorín, 1903